

Luis Durand

El jilguero



como si de súbito el viento se hubiera corporizado, en un ala rumorosa y musical, la densa bandada de jilgueros se alzó compacta desde la pequeña explanada que se extendía junto a un grupo de robles, para ir a posarse en un boldal que levantaba su mancha oscura en las primeras ondulaciones de un cerro próximo.

Pepe, que estaba tendido bajo un roble, alzó la cabeza, deteniendo su mirada para escudriñar con gran interés hacia la explanada, e incorporándose de un brinco, corrió gritando:

—¡Toño, Mañungo, vengan!

Bajárouse los nombrados, apresuradamente del árbol hasta cuyos primeros brazos habían subido a mirar los nidos, cuyas plumillas agitaba tenuemente la brisa aprisionada en las oquedades del grueso tronco. Al descender, dejaron algunas hilachas de sus ropas en la corteza áspera y nudosa. Mañungo llevaba una mancha de sangre en la rodilla y Toño se había desgarrado la manga de la camisa, desde el hombro hasta el codo.

—¡Vengan, vengan!—volvió a gritar Toño.

Estaba parado junto a una de las jaulas de torno que habían colocado sobre un tronco. Al verlos acercarse, se puso a saltar y palmotear de gusto. Era un chiquillo gordo, de ojos claros, de pelo rebelde y desgreñado.

—¡Hasta el fin!—gritó feliz—pesqué uno de la uña blanca. ¡Fíjense que lindo es!

Los tres inclinaron sus cabecitas sobre la jaula, en cuyo interior el grácil prisionero rebullía desesperado, estrellándose contra los barrotes. Los tres con los ojos abiertos, miraban atentamente al pajarito, que al asirse de los alambres mostraba una reluciente uña blanca.

—¡Chitas, la suerte tuya!—exclamó Toño.—Y es moñón. Igualito al que tiene Fernando. Va a salir bien cantor.

—Esta tarde andan muchos de la uña blanca—les consoló Pepe, al advertir en el rostro de los otros una ligera expresión de fastidio.

Con seguridad que ustedes también van a cazar alguno hoy. En los ligueros es mucho más fácil. Este cayó por puro chiripazo en el torno.

Fueron a ver los ligueros, en los cuales no se había cazado ninguno. Sólo una plumilla se agitaba en una de las pegajosas varillas. Una plumita mustia y desteñida.

—Este se escapó jabonado—dijo el Toño—. Pero no era jilguero. Parece que era chirigua.

—Sí—confirmó Mañungo, un niño moreno, de ojos

negros y expresivos.—Acaso no era una embruca. Esas no cantan. Son leseras tenerlas. Es gastar alpiste por la pura piedra.

E invitando a los otros agregó risueño, ya sin ninguna preocupación:

—¿Vamos a comernos el cocaví?

—Bueno, pero yo llevo mi jaula—dijo Pepe echando una mirada de desconfianza a los alrededores. Puede pasar alguno y me lo roba.

—¡Quién va a pasar, tonto! Si por aquí no anda nadie...

—¡A chitas lo mono que está con su uña blanca!

Fueron a buscar el paletó que habían dejado en la sombría frescura del árbol. En las carteras asomaban unos panes, redondos, morenos, relucientes. Toño tenía harina tostada y Mañungo trajo nueces y un pedazo de charqui, que él mismo machacara antes en la piedra de la cocina de su casa, Pepe tenía además una bola de chancaca.

En un tarro vacío, echaron harina tostada y lo llenaron de agua del estero revolviéndola con un palito de culén, cuyas flores azules emergían entre el ramaje. Habían dejado sus provisiones sobre el pasto y se entretenían enturbiando, con los pies desnudos, el agua que se deslizaba clarísima en su lecho de arenas brillantes.

Era el mes de diciembre y entre el ramaje zumbaban las abejas y los moscardones. De pronto una abeja se posó en la cara de Mañungo:

—¡Quédate sosegadito, porque si no te va a picar!
—le gritó Pepe.

Pero el otro, con recio e instantáneo manotón, la había aplastado, apretándola entre los dedos. Después pescó al insecto de la cabecita negra para mirarlo cuidadosamente. Tenía las alas deshechas y las patitas oscuras se agitaban con angustia. De nuevo la mañana de sus tres cabezas se había juntado para mirar bien de cerca al insecto.

—¿Sabes tú dónde tienen la lanceta?

—La tienen aquí, debajo de la guatita. ¿No ves?

Y uno de ellos, con su uña larga y llena de tierra, mostró una especie de alfiler negro y diminuto.

—¿Saquémosle la miel?

—¡Chis! Pero dónde se la vamos a encontrar... ¡Cómetela tú!—exclamó de pronto Mañungo, restregándole sobre los labios, el insecto ya muerto a Pepe, que furioso trató de perseguirlo para darle un puñete. Pero el otro que tenía el tarro en la mano, lo detuvo amenazando tirárselo lleno de agua.

Mas en seguida hacen las paces, y tendidos sobre el pasto, comienzan a repartirse amigablemente el coca-ví. Abajo, por el vano que ofrecen unas ramas bajas, se ve un trigal, dorado y ondulante. Más lejos en un potrero verde, manchado de retazos parduscos, pastan unos caballos. Arriba canta dulcemente el viento y una rama cruje triste. Los pájaros en la espesura lanzan sus píos largos, claros y frescos; algunos terminan gorjeando y otros con un trino entonado y cálido

como la palabra enamorada, que dijera una pastorcilla salida de un cuento de hadas. Entre las ramas altas hay unas argollas azules de cielo que se achican y se agrandan, cuando éstas se mecen. Arroyuelos de oro se escurren por entre los troncos. Hay una fragancia a pasto maduro y a rincón sombrío.

—Oye, ¿te acuerdas el año pasado, cuando fuimos a sacar camarones allí abajo en la vega? Fíjate que el Toño sacó un sapo negro, que salió a brincos, cuando éste asustado lo largó.

—¡A chitas el susto grande! Me dió un tiritón como de electricidad en la mano.

—¿Será cierto que tienen una perla en la cabeza?

—¡Quién sabe! Pero yo no me animaría a sacársela. Son tan feos...

—¡Si no es cierto que tienen perla! Yo le pregunté una vez al señor Rojas y se rió. Son puros paliques no más ésos.

En la punta de un palo seco, asoma la cabecita verde de una lagartija. Mañungo, dejando su pan en el pasto, hace ¡chit! poniéndose el dedo en la boca. Há cogido una piedra y tras un breve agitar lentamente la mano, haciendo la puntería, lanza bruscamente la pedrada al bicho que desaparece ágil entre las hendeduras del leño.

—¡Chis! No le anduviste ni cerca,—grita Pepe, lanzando una carcajada.—Yo si que es cierto que una vez maté un lagarto amarillo. Era requete grande. Tendría lo menos tres cuartas.

—Mentiroso, cuando aquí no andan lagartos.

—¿Sí? ¿Miren no? Andan hasta culebrones. Mi tío Enrique mató uno el año pasado en ese barbecho que había detrás del cementerio, y tenía como cinco metros. Antes andaban hasta leones por aquí.

Una lumbre medrosa se enciende en las pupilas de los pequeños. Pepe excitado agrega:

—Dicen que se suben a los árboles y se comen a los pajaritos.

Mañungo pícaramente cierra un ojo a Toño:

—También le gustan mucho los jilgueros de la uña blanca.

Entonces Toño que ha estado pendiente del jilguero, que se estrella enloquecido en los alambres, se atreve a proponer:

—Oye, te lo cambio. Te doy cincuenta bolitas escogidas. Y tres tiritos bien buenos. El jilguero está triste y es capaz de morir de soberbio. ¿Quieres?

—¡No te aguanto carolino! Miren que niño. Si estos valen mucho. Fíjate que a Fernando le costó el suyo dos chauchas y tuvo que darle más encima a Raúl, un elástico colorado nuevecito, diez pliegos de papel de seda y una cañuela de hilo curado.

Después tornan hacia la explanada. En la rama ligosa de Mañungo, se han pegado dos jilgueros, que luchan angustiados por desprenderse agitando las alas. Pero ninguno tiene la uña blanca.

En el de Toño, hay sólo una chirigua, y éste desdeñoso, la echa a volar. En tanto el crepúsculo ha caído.

En la lejanía, el sol declinante enciende unos árboles en lo alto de un cerro. A esa hora viene doblando frente al cementerio el tren de las 7, y de repente lanza un pitazo que horada el silencio susurrante del atardecer. Y cuando ellos van llegando al pueblo, la campana de la parroquia echa a volar, los pájaros azules de atardecer y trémulos de tristeza pueblerina, de su voz, que llama a orar.

II

Esa noche, Toño sueña que es dueño de una jaula llena de jilgueros, y todos tienen la uña blanca. Cantan tan lindo y tan fuerte que él despierta. En ese momento oye que su mamá le grita:

—¡Levántate para que vayas a buscar la leche!

Mientras se viste, piensa que tal vez Pepe querrá cambiárselo por su caja de lápices de color. Al salir se la echa al bolsillo con el propósito de pasar a su casa que está en el camino al establo. Pero Pepe ha salido temprano con su papá. Y la mamá va saliendo también en ese momento para la iglesia. Entonces le pregunta a la señora.

—¿Y Pepe va a volver pronto?

—Sí, ligerito, —contesta la mamá.— Fueron a la quinta.

Toño sigue su camino hacia el establo. Por el camino, abre su caja de lápices. Están nuevecitos. Pudiera ser que Pepe quisiera cambiárselos, dejándose el negro

y el verde para él. Esos son los mejores para dibujar árboles y casas. Entonces los saca y se los pone en el bolsillo contrario.

Ni se va a fijar Pepe que faltan esos, piensa. Y gozoso apura el paso. Pero cuando vuelve, todavía no hay nadie en la casa de Pepe. Ha golpeado en vano la puerta. Entonces empuja el portón del cerco, que él sabe que esta siempre junto, sin la tranca. Cauteloso, mirando a todos lados, llega hasta el corredor. Ahí está la jaula con el jilguero de la uña blanca. Inquieto aún el pajarillo, se revuelve agitadamente, saltando y rompiéndose las alas, sin pararse sobre los travesaños, como los otros, ya acostumbrados a su cautiverio.

Toño siente que su corazón late con violencia. Experimenta unos deseos locos de coger el jilguero, pero no se atreve. Cada vez que lo intenta, parece que alguien lo sujeta, y una voz severa, como un susurro misterioso, le ordena no hacerlo. Pero su deseo es tan fuerte e imperioso, que repentinamente se olvida de todo y abre la jaula, donde su mano como fierrecilla persigue al pajarillo que salta y se revuelve enloquecido. Y, entonces, Toño se lo pone en la cartera, y lo sujeta con la mano, dentro de ella. Y la mano a ratos le arde hasta quemarle. El jilguero también palpita y se crispa, transmitiendo a Toño la angustia, que siente su corazón, como si fuera otro pájaro, al cual también le es preciso sujetar, pues parece que de repente se va a escapar.

Al llegar a su casa, lo mete en una jaula pequeña

que cuelga, bajo el peral, detrás de la casita del chancho. Pero no puede recobrar su tranquilidad. Como es domingo, Mañungo lo pasa a convidar para ir al río, pero no se atreve a aceptarle. Claro que le encantaría ir a remar en el bote de don Adolfo. Y su mamá sabiendo que van con él le daría permiso, pero tiene miedo de que llegue Pepe, que seguramente la culpará a él y trajinará por todos los rincones en busca de su jilguero.

Entonces se siente triste, a ratos fastidiado, y también rabioso. ¿Para qué haría eso? Le dan deseos de soltarlo. Así no lo tendrá Pepe ni él. Pero de pronto se acuerda de lo que dijo Mañungo:

—Es moñón y va a salir bien cantor.

Y torna a verlo. Está en la huerta bajo el peral. Allí entre las habas de tiernas flores blancas y negras, y las arvejas de guías finísimas donde tiritan, corolas rosadas, azulinas y moradas. Allí también zumban las abejas y hay un grato olor a manzanillón y a menta. Falta muy poco rato para el mediodía, y hace calor. El chancho, dentro de su casita, se adormece haciendo ¡hó, hol, y sólo se incorpora apresurado cuando un pollito entra al chiquero. Es un picaronazo. Hace como que no puede andar de gordo y cuando caza los pollitos, se mueve con una rapidez increíble. Toño piensa en ese momento que el—cochi-cochi—se comió al pollito de su kikirika, que él quería tanto, cuando de pronto oye en el pasadizo la voz de Pepe, preguntando por él.

—En el fondo debe estar—contesta la mamá.— Siempre dice así, para indicar el interior del sitio.

Toño se siente enloquecer. Abre la jaula y coge al jilguero, huyendo con él bajo las árboles, hasta entrar en su cuarto por una puerta trasera. Y de pronto, mientras oye que Pepe le grita:—¿Adónde estás Toño?— a él se le ocurre, amarrarlo con una tira en la pata del catre, en el rincón obscuro que queda junto a la pared.

Después se va corriendo a la huerta. Está rojo y siente que el pelo le arde y le clava, como si se le hubiera convertido en miles de agujitas.

Pepe al verlo le dice lloroso:

—¡Tú me sacaste el uña blanca! ¡Devuélvemelo!...

Toño niega, cada vez más y más encendido. Tiene los ojos húmedo y pugna por no llorar. Juntos registran todos los rincones y miran las jaulas. En ninguna está el uña blanca. Y, poco a poco, Pepe se calma un tanto, cogiendo cerezas, a lo cual Toño lo invita. Este también ha recobrado su color sonrosado. Pepe le pregunta:

—¿Todavía tienes la caja de lápices de color?

—Sí,—contesta Toño. Y sintiendo un arrebatado impulso dice:

—Toma, te voy a regalar el negro y el verde, que son los mejores. Pepe admirado, no cree, pero termina por recibirlos. Al irse le ofrece un elástico rojo para hacer una honda, pero Toño se lo rehusa.

Y cuando vuelve hasta el rincón, se siente otra vez triste e inquieto. Es mejor que la largue, piensa. Con

esta decisión se mete debajo del catre, para sacarlo. Sólo en ese momento, lleno de asombro advierte que el pajarito no está. Amarrada a la tira encuentra la patita obscura del jilguero, precisamente la de la uña blanca. En un principio no sabe explicarse lo que ha pasado, y sólo comprende, cuando ve a Mimi, el enorme gato rubio de la casa, atusándose los bigotes con aire satisfecho, y tratando de sacarse una plumilla que tiene pegada en la nariz.

Experimenta una rabia tremenda en contra de él. Lo coge con violencia, con deseos de pegarle, pero Mimi se encoge y se estira iracundo y, por fin, se escapa haciéndole un largo rasguño en la mano. Entonces Toño llora chupándose la pequeña herida. Lloro largo rato y después siente que descansa y que una dulce tranquilidad ha vuelto de nuevo a apoderarse de él.